

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. RAFAEL O'FARRIL**
ASSISTANT PASTOR

Isaías 58,7-10; 1 Corintios 2,1-5; Mateo 5,13-16

La Palabra de Dios de este Domingo nos conduce al corazón del discipulado auténtico. No basta conocer la fe; es necesario encarnarla. No basta profesar a Cristo con los labios; es imprescindible transparentarlo con la vida. La liturgia nos invita a pasar de una religiosidad aparente a una fe luminosa, concreta y transformadora.

El profeta Isaías nos revela el verdadero ayuno que agrada a Dios: “partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne”. No se trata simplemente de actos aislados de caridad, sino de una existencia que se deja afectar por el dolor del otro. Cuando la fe toca las heridas humanas, entonces “tu luz surgirá como la aurora”. La justicia y la misericordia no son añadidos opcionales del creyente; son la manifestación visible de una relación viva con Dios. El culto verdadero se convierte en compasión concreta.

San Pablo, por su parte, nos recuerda que el centro no es el brillo humano ni la elocuencia persuasiva. Él no anuncia con sabiduría mundana, sino con la sencillez del Crucificado. La fe no puede apoyarse en estrategias, carismas personales o estructuras; debe apoyarse en el poder de Dios. Cuando el apóstol se presenta débil, deja espacio para que actúe la gracia. Esta es una enseñanza profunda para nuestra comunidad: no somos sal y luz por nuestras cualidades, sino porque Cristo vive en nosotros. La fuerza evangelizadora nace de la humildad.

En el Evangelio, Jesús nos dice con claridad: “Ustedes son la sal de la tierra... ustedes son la luz del mundo”. No dice “deberían ser”, sino “son”. Es identidad antes que tarea. La sal preserva de la corrupción y da sabor; la luz disipa las tinieblas y orienta el camino. Un cristiano que pierde su sabor se vuelve irrelevante; una comunidad que oculta su luz deja al mundo en sombras. No se enciende una lámpara para esconderla. La fe no es un asunto privado que se encierra en el templo; es una vocación pública que ilumina la familia, el trabajo, la sociedad.

Ser sal implica coherencia. Ser luz implica testimonio. Cuando nuestras obras brotan de un corazón convertido, entonces otros “glorifican al Padre que está en el cielo”. No buscamos protagonismo, buscamos que Dios sea reconocido. El discípulo auténtico no vive para sí mismo; vive para reflejar a Cristo.

Este Domingo es una invitación clara: que nuestra parroquia no sea solo un lugar donde se escucha la Palabra, sino una comunidad que la vive; no solo un espacio de oración, sino un signo visible de misericordia; no solo una estructura organizada, sino una familia que ilumina. Si partimos el pan con el necesitado, si anunciamos a Cristo con humildad y si dejamos que nuestras obras hablen, entonces la luz brillará y las tinieblas no prevalecerán. Que el Señor nos conceda ser sal que transforma y luz que guía, para que nuestra vida entera sea anuncio vivo del Evangelio.

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. RAFAEL O'FARRIL**
ASSISTANT PASTOR

Isaiah 58:7–10; 1 Corinthians 2:1–5; Matthew 5:13–16

The Word of God this Sunday leads us to the heart of authentic discipleship.

It is not enough to know the faith; we must embody it. It is not enough to profess Christ with our lips; we must reflect Him through our lives. Today's liturgy invites us to move from superficial religiosity to a faith that is luminous, concrete, and transformative.

Through the prophet Isaiah, the Lord reveals the fasting that truly pleases Him: "Share your bread with the hungry, shelter the oppressed and the homeless; clothe the naked when you see them, and do not turn your back on your own." These are not isolated acts of charity, but a way of life that allows itself to be touched by the suffering of others. When faith meets human wounds, "your light shall break forth like the dawn." Justice and mercy are not optional additions to Christian life; they are the visible expression of a living relationship with God. True worship becomes concrete compassion.

Saint Paul reminds us that the center of our faith is not human brilliance or persuasive eloquence. He proclaims Christ crucified, not relying on clever arguments but on the power of the Spirit. Faith cannot rest on personality, strategy, or structure; it must rest on God's power. When the Apostle presents himself in weakness, he makes room for grace to act.

This is a profound lesson for our community: we are salt and light not because of our own qualities, but because Christ lives in us. Evangelizing strength flows from humility.

In the Gospel, Jesus declares, "You are the salt of the earth... You are the light of the world." He does not say "you should be," but "you are." It is identity before it is mission.

Salt preserves from corruption and gives flavor; light dispels darkness and guides the way. A Christian who loses his or her flavor becomes irrelevant; a community that hides its light leaves the world in shadow. A lamp is not lit to be hidden. Faith is not a private matter confined within church walls; it is a public vocation that illuminates family life, work, and society.

To be salt means coherence. To be light means witness. When our actions flow from a converted heart, others "give glory to your Father in heaven." We do not seek recognition for ourselves; we desire that God be known and glorified. The true disciple does not live for self, but to reflect Christ.

This Sunday calls our parish to be more than a place where the Word is heard. We are called to be a community that lives it; not only a house of prayer, but a visible sign of mercy; not merely an organized structure, but a family that shines. If we share our bread with the needy, proclaim Christ with humility, and allow our good works to speak, then the light will shine and the darkness will not overcome it.

May the Lord grant us the grace to be salt that transforms and light that guides, so that our entire lives may become a living proclamation of the Gospel.